



BIBLIOTECA

PT 2440

.NB

C68



ARCHIVO DE LITERATURA

115987

Imp. de la Casa Editorial F. Sempere y Comp. - VALENCIA

LA COMEDIA DEL SENTIMIENTO

I

Gustavo Bruchstaedt había llegado para asistir al Congreso de naturalistas alemanes que debía celebrarse en Magdeburgo en Septiembre de 1884. La víspera de la inauguración, una mañana triste y lluviosa, se encontraba en la puerta del hotel de Prague esperando a un amigo íntimo; el profesor Federico Baerwald, que le había escrito diciéndole que llegaría a Berlín, con su esposa, a aquella hora, y que se hospedaría en dicho hotel.

Unos instantes después, un carruaje de alquiler avanzaba por la calle de Ours y se detenía ante la puerta de la hospedería.

Bruchstaedt reconoció desde lejos la larga barba negra, las gafas de oro, el sombrero flexible de anchas alas de su amigo, y se apresuró a saludarlo con la mano. Baerwald saltó del carruaje antes que éste acabara de detenerse y abrazó cariñosamente a Bruchstaedt.

Seguidamente los dos amigos se acercaron al carruaje a fin de ayudar a bajar a la esposa del

profesor, y Bruchstaedt se encontró con que en el carruaje había á más de la del profesor otra señora.

—Permitidme—dijo Baerwald á ésta—que le presente al profesor Bruchstaedt—. É indicando á la dama añadió—: La señora Paula Ehrwein, nuestra simpática amigueta.

—Creo, señora—dijo—, haber tenido el gusto de verla en una velada en casa de nuestro amigo Baerwald.

—No, ciertamente, pues de lo contrario tendría usted de ello una seguridad absoluta—dijo la interpelada con voz tranquila, serena y extraordinariamente armoniosa.

Bruchstaedt miró entonces detenidamente á la mujer que, al pronunciar las anteriores palabras, lo había hecho con tal acento de seguridad. Y tenía razón; de haberla visto en otra ocasión, por rápida que hubiera sido aquella visita, no la hubiera olvidado seguramente.

Su rostro era delicado y pálido, grandes y azules los ojos, la nariz ligeramente arqueada y la boca pequeña y graciosa; era un tipo de belleza tal, que no resultaba fácil confundirlo con ningún otro. Servía de marco á su frente y á sus mejillas una mantilla negra de encaje, adorno poco usado en Alemania para viajar las señoras y que le daba cierto aspecto extraño hasta el punto de llamar la atención. Cuando la mantilla se bajaba un poco, dejaba ver una cabellera de un rubio rojo

brillante, naturalmente anillado, que cubría una ligera capa de polvo de oro.

Bruchstaedt quiso ofrecerle el brazo para ayudarle á bajar, pero ella, como si no hubiera visto la indicación, se cogió al de Baerwald. ¿Se proponía al obrar así vengarse de aquellas palabras inconvenientes? El profesor las había dicho de la mejor buena fe. Creía realmente haber visto ú oído hablar de una señora del mismo nombre en una velada que Baerwald, después de su matrimonio, organizó con motivo de su estancia en Berlín, y donde había sido presentado á varias señoras y señoritas.

Los criados del hotel se habían acercado, y mientras recogían el equipaje, Bruchstaedt dijo á Baerwald con cierto embarazo:

—Yo había encargado solamente una habitación para tu mujer y para ti, pues no podía calcular...

—No importa—contestó Baerwald sonriendo—; nuestra amiga, según su costumbre, no se decidió á venir hasta el último momento; pero en el hotel no faltará otra habitación.

Bruchstaedt dijo moviendo la cabeza en sentido negativo:

—Desgraciadamente, no hay habitaciones desocupadas.

—En ese caso—dijo la señora Ehrwein—subimos de nuevo al carruaje y nos vamos á otro lado. Este no será seguramente el único hotel que hay en Magdeburgo.

—Todos están llenos—contestó Bruchstaedt—, me ha costado gran trabajo encontrar éste.

—Creo que tenemos lo que necesitamos—dijo con tono agrio la señora de Baerwald, interviniendo en la conversación.

—Perdonadme—replicó con amabilidad su amiga—. Yo creía que tendríamos igualmente gusto en permanecer reunidos. Pero, después de todo, eso nada significa, no os preocupéis por eso: buscaré un departamento en otra parte, y si no lo encuentro me volveré tranquilamente á Berlín.

Y se dirigió al carruaje.

—Permita usted, señora, que le ofrezca mi habitación—dijo Bruchstaedt—; no es un departamento elegante, pero si bastante amplio y tiene la ventaja de que no tiene usted necesidad de separarse de sus amigos Baerwald.

—Se lo agradezco infinito; es usted muy amable—se limitó á contestar la señora de Ehrwein, la cual ordenó á los criados descargaran las maletas.

—¿Pero y tú?—preguntó Baerwald.

—Está tranquilo: un antiguo estudiante no tarda en encontrar donde guarecerse. Pero esto es un equipaje como si se tratara de dar la vuelta al mando—añadió al ver las maletas, baúles y cajas que bajaban del carruaje.

—Pues casi todo pertenece á nuestra amiga—se apresuró á decir la señora de Baerwald.

—En efecto, yo soy la culpable—replicó la se-

ñora Ehrwein volviéndose—; pero hay fiestas y recepciones á las que es necesario ir vestida.

Entraron en el hotel y se dirigieron á sus habitaciones, mientras Bruchstaedt advertía al criado que había cedido la suya; hecho esto, fué á despedirse de sus amigos.

—¿Cuándo te veré?—preguntó Baerwald.

—Vendré á las cuatro á reunirme con ustedes, si les parece bien.

—Te esperamos—contestaron Baerwald y su mujer tendiéndole la mano.

La señora Ehrwein añadió:

—Vuestras primeras palabras no me resultaron muy agradables, pero deseaba tener el gusto de decirle que tenía verdadero deseo de conocerle, pues debo advertirle que durante el camino no hemos hecho otra cosa que hablar de usted.

—En efecto, hemos hecho un cumplido elogio de tu persona—exclamó alegremente Baerwald.

—Pero desgraciadamente, yo me he apresurado á desmentiros—añadió Bruchstaedt, dirigiendo una mirada á la señora Ehrwein.

—No, no—dijo ésta sonriendo—; no daré á usted la satisfacción de contradecirle: así que me limito únicamente á decirle: «hasta ahora».

Pronunció estas palabras con un acento de animación, como hasta entonces no lo había hecho, le tendió por segunda vez la mano al mismo tiempo que lo miraba frente á frente fijando en él sus grandes ojos.

Aquel día, Bruchstaedt volvió al hotel un poco antes de la hora indicada, y se encontró con que la señora Baerwald le estaba esperando en el salón de lectura.

—Federico no debe tardar en volver—le dijo—: hace dos horas se ocupa en visitar á sus colegas.

—Ya lo sé; me he entregado á la misma ocupación y nos hemos encontrado dos veces en casa de los consejeros.

—Y yo, entretanto, debo permanecer sola en mi habitación—dijo la señora de Baerwald, haciendo un ligero gesto—, y no me queda otro recurso que escoger entre la escoba ó confeccionar una noticia para un periódico de señoras. Eso son las consecuencias de ser únicamente la obscura esposa de un profesor, en vez de resultar una persona de distinción y de ingenio como la señora de Ehrwein, por ejemplo: ¿y qué, le ha gustado á usted?

Todo lo antes dicho no tenía otro objeto que justificar la pregunta.

—¡Oh! no la he visto más que un instante—contestó Bruchstaedt con indiferencia.

—Vamos, deje usted á un lado argucias diplomáticas y conteste francamente; ¿qué le ha parecido la señora Ehrwein?

—Pero... ¿por qué?

—Sencillamente porque desearía saber si le ha trastornado á usted la cabeza como á todos los hombres.

—Pero... ¿realmente ocurre eso?

—Sí, mas usted no contesta.

—Pues bien; la señora Ehrwein es, á no dudar, una joven muy linda.

—Y de cualquier modo, una mujer nacida para llamar la atención, eso no hay que discutirlo. Pero ¿á usted le es simpática?

—Como apenas si he hablado con ella dos palabras, no he podido formar juicio todavía.

—¡Bah! ¡bah! esas son evasivas; para formar ciertos juicios basta un instante, y por sus contestaciones comienzo á creer que está usted ya enamorado de ella.

—No—dijo Bruchstaedt sonriendo—, yo no soy hombre que camina tan de prisa; hablando con toda sinceridad, me ha parecido que hay en su manera de ser algo de egoísmo natural, ó por lo menos algo de fingimiento.

—¡Ah!—exclamó la señora Baerwald—; yo no sólo encuentro que hay en ella algo, sino una cantidad tal, que resulta insoportable.

—Pero ¿no es amiga de usted?

—Bruchstaedt, no es posible crea usted que, dentro de ciertas condiciones, puedan ser amigas dos mujeres jóvenes.

—¿Y viaja usted con ella?

—¿Y qué hacerle?—dijo—; deseaba venir con nosotros, y á Federico le faltó tiempo para acceder á su deseo; usted sabe lo que es Federico; la encuentra muy agradable, y no hay modo de afirmar lo contrario; dice que lo anima, que despierta su in-

teligencia, y que no hay para él mejor solaz que charlar una hora con ella, que ve las cosas bajo un prisma en un todo diferente á como las ve la generalidad de las demás personas, y hay que darle la razón y confesar que se encuentra por encima de todo. La señora Ehrwein está á la altura de los ángeles, y por lo tanto, por encima de la humanidad entera.

—¿Y conoce Federico su opinión de usted respecto á esa señora?

—La debía adivinar, pues la cosa no es difícil de comprender; pero yo no puedo ni siquiera indicárselo, creería que estoy celosa y se burlaría de mí; sin embargo, no vaya usted á creer que estoy celosa, nada de eso; conozco á Federico y tengo en él absoluta confianza. Pero lo que me irrita solamente es el ver la facilidad con que los hombres inteligentes se dejan llevar por las mentiras y fingimientos de una mujer.

—Y el esposo de la señora Ehrwein, ¿dónde está y qué clase de sujeto es?

—¡Ah! lo que es de fijo no puedo decirle á usted nada, pues sé únicamente lo que de público se dice y ella afirma por su parte; dice que ha nacido en Riga, donde su padre estaba de cónsul, y que allí fué educada, que se casó con un abogado, con el que vivió algún tiempo en San Petersburgo, pero que era un borracho y le daba muy mala vida, por cuya razón concluyó entablando el divorcio, y se estableció en Berlín con sus hijas, porque tie-

ne dos hijas. Frecuenta la buena sociedad, pero ignoro cuáles fueran sus conocimientos en la sociedad de San Petersburgo.

—¿Y cómo ha sido el conocimiento con ustedes?

—La hemos conocido en casa del profesor Burg. De qué modo entró en casa de éste lo ignoro; aquella casa es poco menos accesible que un café público; usted conoce á ese viejo cínico y espiritual; las inconveniencias de la señora lo transportan de gozo, y cuando dice alguna la contempla extático. El profesor Burg cuida de ella como si fuera su padre, su madre ó su tío. Es el único apoyo que tiene en el mundo; Federico habla algunas veces con ella en casa de los Burg y se deja llevar también de sus descaros. Pasado algún tiempo la invitó á que fuera á vernos, y ella se apresuró á aceptar la invitación sin esperar que yo la confirmara; no me satisface; pero como después de todo yo no tengo hijas mayores y sus cosas divierten á Federico, dejo rodar la bola. Sin embargo, no estará á nuestro lado más tiempo que el que yo esté dispuesta á complacer á mi marido. La señora comienza como todos nuestros amigos de historia... En fin, ¿qué más quiere usted que le diga?

—Creo que está usted algo severa, querida amiga. No es una falta, ni creo que deba declararse culpable á una mujer por el solo hecho de que los hombres le hagan la corte por ser joven y simpática.

—Eso mismo dice Federico; pero yo no puedo ver las cosas bajo ese punto de vista.

En aquel momento Baerwald entró apresuradamente, excusándose por haberse retrasado.

—Eso no importa—dijo Bruchstaedt—; hemos pasado el tiempo hablando.

—Y con toda seguridad—exclamó Baerwald mirando á su mujer, que enrojeció—que habrá sido respecto á la señora Ehrwein. ¡Naturalmente! Pero has de saber, amigo mío, que para obtener la realidad de los hechos es necesario extraer la raíz cúbica á cuanto Eduvigis te ha dicho.

—¿Y resultaría?...—preguntó sonriendo Bruchstaedt.

—¡Oh! seguramente que muy poco.

—¡Extraer la raíz cúbica! Esa es una operación demasiado difícil para quien no sea, como tú, un matemático de profesión; así que la cosa resultaría más breve si nos dijeras el resultado.

—¡Pues bien! La señora Ehrwein es una mujer inteligente y original, que ha sido desgraciada en su matrimonio. Su conducta en Berlín resultó algo imprudente, por lo menos bajo el punto de vista con que nosotros acostumbramos á mirar las cosas; pero no creo que se le puede dirigir con fundamento censura de ninguna clase.

—¿Nos quedamos aquí?—preguntó la señora Baerwald con tono impaciente.

—Podemos irnos al jardín de Federico Guillermo; hay hermosos paseos y el tiempo está despejado—dijo Bruchstaedt.

—¿No has quedado con la señora Ehrwein en

que la esperarías aquí?—preguntó Baerwald á su mujer.

—No te inquietes por ella—replicó ésta—. Tan luego como concluyó la comida, salió en carruaje con el doctor Jurgensen, para que éste le enseñara la población.

—¡Eh! ¡eh!—dijo Baerwald sonriendo.

—Ha conocido á Jurgensen hoy mismo en el comedor—añadió la señora de Baerwald, dirigiéndose á su amigo—, y sin embargo, recorren solos y alegremente la ciudad en carruaje; nuestra manera de juzgar las cosas no impide á la señora hacer su santa voluntad.

—Le dejaremos, sin embargo, una nota en la portería, diciéndole dónde vamos—dijo Baerwald.

Durante el trayecto, la esposa de éste volvió sobre la cuestión.

Á una pregunta de Bruchstaedt, su amigo dijo que la señora Ehrwein había comenzado á estudiar la pintura, y que parecía tener aptitudes para ello.

—Y no será por falta de aplicación—añadió su esposa—. Últimamente estaba todos los días encerrada toda la mañana con su maestro, el hermoso Kornemann... lo extraño sería que no hubiese hecho progresos.

—Eduvigis, un poco de benevolencia—dijo el marido, dirigiéndole una mirada de reconvencción.

—¡Un poco de benevolencia! Si me limito á con-

signar os hechos, sin hacer comentarios de ninguna clase; lo que resultaría inconcebible es que yo contara á nuestro amigo que en el mes de Julio fué con Kornemann á Sassnitz, y tanto en el hotel como en la playa, se portaban de tal modo, que todos los bañistas, para designarlos, no lo hacían de otro modo que llamándolos «los tortolillos».

—Esas son habladurías de los establecimientos de baños; concedo, sin embargo, que ese viaje ha sido una desgracia; una mujer en sus circunstancias debe obrar con más prudencia; yo le he sermoneado bastante, pero su respuesta me ha dejado convencido. «Yo me burlo de esos chismes—me dijo—; por darles gusto á las comadres, no seré yo la que me prive de satisfacer mis caprichos; las comadres, por su parte, no hacen ningún sacrificio para complacerme á mí; estoy segura de mi misma y sé que no corro ningún peligro.» Y así es en realidad; bajo la aparente ligereza de su cabecilla de pájaro caprichoso, se encierra un juicio frío y sereno y una voluntad de hierro.

—Pues á pesar de todo eso—interrumpió Bruchstaedt—, te confieso francamente que esa señora no despierta mi interés en lo más mínimo.

La señora Baerwald aceptó con un gesto de gratitud el brazo que le ofrecía.

El jardín de Federico Guillermo estaba lleno de naturalistas, y únicamente después de cambiar infinitud de saludos, apretones de manos y ser ob-

jeto de varias presentaciones, fué cuando pudieron encontrar una mesa desocupada.

Apenas si habían tomado asiento cuando apareció en el jardín la señora Ehrwein, que después de dirigir una mirada de inspección por la terraza, avanzó como dudando algunos pasos por entre las mesas. Baerwald, que fué el primero en verla, se levantó: la joven avanzó hacia él corriendo. Vestía un elegante traje escocés y un sombrero á lo María Stuart, que favorecía en mucho á su brillante cabellera y á su pálido semblante.

Detrás de ella marchaba, con aire de embaudo, un guapo mozo alto y rubio, á quien apenas hacía caso. Al llegar á la mesa donde se encontraban sus amigos sacudió alegremente y estrechó la mano á todos, y volviéndose á su compañero le dijo con acento breve, inclinando ligeramente la cabeza:

—Señor doctor Jurgensen, mil gracias por vuestra amabilidad y hasta la vista.

El buen mozo pareció un poco sorprendido por tan brusca despedida, pero como sólo había en la mesa asiento para cuatro personas y nadie le invitó á que se quedara, se retiró con aspecto algo mohíno.

—Y qué, ¿ha visto usted Magdeburgo?—preguntó Baerwald luego que la señora Ehrwein hubo tomado asiento á su lado y frente á Bruchstaedt.

—Sí; creo que he visto toda la población; ¿y usted, señora Baerwald, qué ha hecho?

—¿Yo? hablar con Bruchstaedt.

—No ha podido usted hacer cosa mejor—contestó la señora Ehrwein, mirando al aludido.

Éste se limitó á contestar con una inclinación de cabeza á aquel cumplimiento á boca de jarro.

—Lo mismo pudiera usted haber hecho, pero ha preferido usted á Jurgensen.

—Dispensad; el señor Bruchstaedt no estaba allí y Jurgensen sí, y he preferido lo que podía aceptar.

—Y entretanto que la More terminaba su trabajo...—dijo alegremente Baerwald parodiando á Schiller.

—...Pudo irse de paseo—añadió la señora Ehrwein—. Naturalmente; era lo único que podía ofrecerme: su compañía para un paseo de exploración. Me la ofreció, y ahora he concluido con ese caballero. Cada cual ha quedado en su terreno: él en el suyo, al ayudarme á satisfacer mi capricho, y yo en el mío, al aceptar sus servicios.

Bruchstaedt se sintió indignado.

—Usted no se parece á la generalidad de su sexo, señora—dijo con sequedad.

—¿Y qué debería hacer para parecerme?—contestó alegremente la joven—. Las mujeres gozamos, á no dudarlo, de mayores privilegios.

—Y, sin embargo, yo aseguraría que usted no vacilaría en cambiar su sexo privilegiado por el nuestro, privado de derechos.

—Se equivoca usted por completo, señor profe-

sor; yo estoy orgullosa de ser mujer, y si no lo fuera desearía serlo.

—Pocas mujeres dicen otro tanto.

—Porque al hablar no lo hacen llevadas de un sentimiento personal y sí influidas por la vanidad de los hombres. Cuando los hombres afirman que son mejores y más fuertes que nosotras, me indigno, pero mucho menos que me divierto cuando se dan tono diciendo que nos tienen compasión y nos llaman pobres y débiles criaturas. Es una compasión mal aplicada, ¡mis fuertes señores de la creación! Que somos más bellas que ustedes es una verdad, que todos ustedes la confiesan paladinamente.

—Yo no lo confieso de ningún modo, señoras—interrumpió Bruchstaedt—. Para los hombres resultan ustedes atractivas, pero semejante opinión no tiene nada de objetiva. Un ser capaz de formar opinión, que no fuera un hombre, y que pudiera mirar á nuestra especie con la misma imparcialidad que se contempla una jauría de perros ó una piara de bueyes, encontraría, indudablemente, los machos de la humanidad mucho mejores que las hembras.

—Ciertamente—dijo Baerwald—, el reino animal sin excepción alguna afirma que los machos son mejores que las hembras.

—Por lo menos el reino animal inteligente—rectificó Bruchstaedt.

—¡Profesor Baerwald—exclamó la señora Ehr-

wein—, usted no debe mezclarse en este asunto, estas cuestiones no son de la competencia de un físico! Usted, como zoólogo—añadió volviéndose hacia Bruchstaedt—, si puede pretenderlo; pero su anatomía comparada no es bastante para decidir si las mujeres somos superiores á los hombres ó no lo somos. Su ciencia no alcanza á tanto: nosotras tenemos más fuerza en la punta de los dedos.

—De vuestros deditos sonrosados—dijo Bruchstaedt con acento sarcástico.

—Eso se llama hablar en razón. Perfectamente: tenemos más fuerza en nuestros deditos sonrosados que ustedes en sus cuerpos fuertes y fornidos. Nosotras hacemos una señal y ustedes obedecen. Si su orgullo quiere sublevarse contra nuestra dominación, tenemos en sus corazones un aliado que inmediatamente los desarma y les hace caer humillados á nuestros pies.

—Eso podrá ser cierto, señora, pero en su lugar yo no elogiaría á ese aliado. Esos son nuestros instintos animales y groseros.

—¡Alto! He ahí cómo pone usted científicamente el dedo en la cuestión. La verdadera mujer, que debe hacer cuanto sea necesario para resultar la soberana del mundo, no rehusa nunca que combatan en su favor los instintos que usted, zoólogo, debería, menos que nadie, tratarlos con menosprecio; pero cuando con su ayuda ha logrado triunfar, abandona esos elementos, por la sencilla razón de que ha conseguido su propósito; tal es, mi orgu-

lloso profesor, el verdadero triunfo de la mujer. Cuando ustedes sienten hacia nosotras la ingrata aversión de la saciedad, es preciso que, en vez de encontrar á su lado una hembra, un instrumento de sus apetitos sexuales, se encuentren con un ser inteligente que los inspire. Es preciso que la mujer tenga; al mismo tiempo que un alma que atraiga, un cuerpo que enerve.

La señora Baerwald había escuchado hasta este momento sin pronunciar una palabra, entre sorbos de café y bocados de galletas, pero no pudo guardar silencio por más tiempo.

—Señora Ehrwein, eso que está usted diciendo es terrible.

—Pero no veo que tenga nada de extraño. Puesto que nos encontramos en un congreso de naturalistas, nada más lógico que tratar de cosas naturales.

—Pues bien; creo sería preferible que nos dedicáramos á la sección de matemáticas y física, que no á la de zoología anatómica.

—Ó mejor todavía—dijo tranquilamente Baerwald—, que nos ocupáramos de la sección de la historia de la ciencia y de las biografías de los sabios. Cuéntanos cómo te divertías en Bruselas y de qué modo te acostumbraste á aquel género de vida.

Bruchstaedt aceptó la invitación.

—La vida de Bruselas es indudablemente agradable—dijo—y resulta cosa fácil acostumbrarse á las diferencias que existen entre aquélla y la de

Alemania. Fui objeto de una cariñosa acogida por parte de mis colegas y de los estudiantes de la Universidad libre, y me resultó muy agradable el trato de aquella sociedad.

—¿Y no te costó trabajo el hacerte entender en francés?

—Tuve mi aprendizaje, como es natural; pero al año marchaba perfectamente.

—Me hubiera gustado oírle á usted hablar en francés—dijo la señora Ehrwein.

—Para eso sería necesario hacer un viaje á Bruselas, y la cosa no creo sea para tanto.

—Sabe usted, mi querido profesor, que no será usted capaz de arrepentirme eso.

—Sí, ten cuidado—dijo Baerwald—. No la invites á ir á Bruselas, porque esta joven, tal como la ves, es muy capaz de cogerte la palabra.

La señora Ehrwein le amenazó con el dedo, y la señora Baerwald, á fin de dar otro curso á la conversación, dijo á Bruchstaedt:

—Es posible que haya usted cometido una torpeza al ir á Bruselas, pues me parece que usted está obligado á sacrificarse por la ciencia alemana.

—Si las ciencias naturales no fueran nacionales, yo hubiera, seguramente, preferido no salir de Alemania; pero ¿qué quiere usted? No es cosa muy agradable pasarse diez años en Bonn, en calidad de primer profesor y esperar tranquilo cerca de diez para llegar á profesor especial sin sueldo; yo quisiera ver quién, en estas condiciones, se hubiera

negado ir á Bruselas, sobre todo si no es rico y á más teniendo el sagrado deber de mantener á una madre anciana.

—Tú no tienes necesidad de justificarte, amigo mío—añadió Baerwald—. Un cargo en el extranjero á los treinta y un años, es, dado el actual estado de cosas, un honor para un joven profesor alemán; pero tengo la seguridad de que preferirías una cátedra alemana en Bonn, que una colocación mejor en Bruselas.

Mientras hablaban de esta manera, las sombras y el fresco de las primeras horas de la noche habían invadido la terraza, y Baerwald dió la señal de partida, porque tenía todavía necesidad de asistir á una reunión de colegas. Se levantaron, y la señora Ehrwein avanzó un paso hacia Bruchstaedt. Pero la señora Baerwald, que estaba sentada en la mesa junto á él, le cogió el brazo; dejó marchar delante á su marido con la señora Ehrwein y los siguió á alguna distancia con Bruchstaedt.

—¿Usted no está realmente celosa?—no pudo dejar de decir este último.

—Tengo seguridad en Federico, se lo aseguro, pero no en usted.

—¡Oh!

—No, la señora lo persigue sin recato de ninguna especie y temo que concluya usted por no tener bastante fuerza de voluntad para resistir.

—No se preocupe usted por mí, amiga mía; además, que no existe peligro de ninguna clase, y aun

cuando lo hubiera, existe una doble garantía: en primer lugar usted, y en segundo la señora Ehrwein, gracias á su bella teoría sobre el derecho de la soberanía de la mujer. Además, no creo, después de todo, esté interesada por mí.

—Es usted un niño grande. ¿No se ha fijado cuánto ha hecho por complacerle y atraerle? La culpa hay que confesar que es nuestra. En nuestro salón hay dos ó tres retratos suyos y nosotros hemos hablado mucho de usted y de su odio á las mujeres.

—¿De mi odio á las mujeres? ¿Cómo pueden ustedes decir eso?

—Usted conoce perfectamente mi opinión sobre esto: usted tiene una piadosa opinión para nosotras y está perfectamente acorazado contra todo lo que sea femenino. Yo tengo la seguridad de que la señora ha venido á Magdeburgo por usted solamente, y ha de hacer cuanto humanamente le sea posible para atraerlo y conseguir su triunfo.

—Yo no acostumbro á desempeñar ese papel de animal domesticado.

—Tanto mejor, pero procure usted, sin embargo, estar prevenido.

Habían llegado á la puerta del hotel. Baerwald acompañó á su mujer hasta su habitación, mientras que la señora Ehrwein fué á preguntar á la portera si habían traído algo para ella. Había una carta de Berlín; la tomó y se dirigió á Bruchstaedt, que esperaba á su amigo en el corredor.

—De mis niñas—dijo—, que deben escribirme dos veces por día. Mi hija mayor sabe ya poner las cartas, con ayuda de su institutriz.

Bruchstaedt se limitó á inclinarse.

—Por lo tanto, hasta mañana—. Tendióle la mano y se la estrechó con fuerza.

Al llegar al primer descanso de la escalera, hasta donde el profesor la había acompañado, se volvió un poco y le dijo:

—Nuestros amigos no quieren, eso es evidente, que nos tratemos con intimidad. Pero ya lo veremos.

Cuando Bruchstaedt bajó, Baerwald lo encontró absorto en sus reflexiones.